

70.5
24
R.

EDUCACIÓN

Nº 84

ÓRGANO DE LA AIVEDE

Asociación de Inspectores y Visitadores de
Escuelas y Directores Técnicos Especiales

SAN JOSÉ,
COSTA RICA

NOVIEMBRE
1 9 4 0

Imprenta Española

SUMARIO

PEDAGOGÍA

	AUTOR	PÁGINA
¿ESTÁ LA EDUCACIÓN DEVORANDO LA VIDA?	STEPHEN LEACOCK....	3
LA EDUCACIÓN DE LOS PRE-ADOLESCENTES....	ALFONSO PRUMEDA....	10
OBSERVACIONES SOBRE EL SISTEMA DE WILHEN DILTHEY.....	R. OLIVARES FIGUEROA	15

INFORMACIÓN GENERAL

EL TELÉGRAFO SIN HILOS.....	AQUILES CABEZAS....	23
CÓMO SE INVENTARON LOS SELLOS.....	EMILIO LEÓN ARCA....	30
LIBROS DE TEXTO (DECRETO OFICIAL).....	33
EL VIDRIO, PRODIGIO MODERNO.....	F. D. RATCLIFF.....	35

NOTICIAS VARIAS

CAMPAÑAS EDUCATIVAS.....	43
CARLOS MA. GUTIERREZ. (DATOS BIOGRAFICOS)	46
EL TEXTO.....	LUCILA VALDEZ DE DU- CASTAING.....	47
HOGAR Y ESCUELA, NEXO DE NACIONALIDAD..	LUCILA VALDEZ DE DU- CASTAING.....	49
REVISTAS (BIBLIOTECA NACIONAL).....	52
REPAROS.....	55

PEDAGOGÍA

EDUCACIÓN

ÓRGANO DE LA ASOCIACIÓN DE INSPECTORES
Y VISITADORES DE ESCUELAS Y DIRECTORES TÉCNICOS ESPECIALES

No. 84

NOVIEMBRE 1940

Tomo Gatorce

¿ESTÁ LA EDUCACIÓN DEVORANDO LA VIDA?

STEPHEN LEACOCK

La educación va siendo cada vez más larga. Hace medio siglo, a los 6 años se aprendía a leer, a los 12 se ingresaba a la normal y a los 16 el alumno se convertía en maestro y enseñaba en algún colegio. Dos años en una escuela de medicina eran suficientes para que se titulara de médico; un año en un seminario bastaba para que completara una carrera eclesiástica. Para ser abogado no se necesitaba ir a una facultad: tres inviernos en un bufete sustituían largos y costosos estudios.

Todos los grandes hombres de Norteamérica recibieron esta educación que en la práctica resultó un éxito. Su verdadera vida comenzó cuando aun eran jóvenes. Formaron un hogar con sus ahorros.

A los 30 años, sabían ya si triunfarían o no en la vida. Es cierto que, durante sus primeros años de casados, en vez de estudiar una carrera repartían los pedidos de una tienda de abarrotes, de una carbonería, de una farmacia, etc. Luego salían de la oscuridad y establecían por cuenta propia algún negocio, a una edad en que sus sucesores están aun escribiendo una tesis sobre el movimiento social contemporáneo.

Ahora, todo eso ha cambiado. A los 6 años, los niños aun se divierten con sus juguetes. A los 18, todavía están en la preparatoria: de los 19 a los 20, hacen estudios univer-

sitarios, permanecen de cinco a diez años en alguna Facultad y, al final de cuentas, se convierten en burócratas o investigadores o se aíslan con su diploma, como un náufrago en una balsa.

Diez años después, a los 30 —demasiado tarde— apenas empiezan a vivir. Toda su vida tiene diez años de retraso: se casan demasiado tarde: tienen hijos diez años demasiado tarde y lo único que hacen antes de tiempo es morir.

Mueren cuando iban a llegar a la cúspide. Pero si la educación se vuelve cada vez más larga, no por eso la vida humana es más larga, sino que la paternidad es más corta. Pocas gentes logran ver crecidos a sus nietos, la mayor satisfacción que puede tener un hombre en este mundo.

Todas estas críticas en contra de la educación moderna son tal vez un poco exageradas; pero, en una argumentación, hay mayor verdad en los colores vivos que en las medias tintas. Existe, sin embargo, una verdad incontrovertible: la educación está abreviando la vida.

Estas críticas no las hace el individuo común y corriente, el profano, pues el pobre no tiene ánimos para acusar. Se conforma con llevar su cruz a cuestas, y no se queja. Por el contrario, se enorgullece del peso que lo agobia. Los padres no se arrepienten de los quince años durante los cuales se sacrificaron para educar a sus hijos, aunque dichos años bien hubieran podido reducirse a la mitad.

Existe la tradición de que la educación abre las puertas a la oportunidad. Mandar a un hijo a la escuela es una ambición que se despierta desde que el niño está en la cuna.

En las atestadas avenidas de nuestro imperfecto mundo, la Universidad constituye una especie de refugio, una tabla de salvación. Un padre me dijo un día: "Mi hijo no parece tener vocación especial, así es que tendremos que enviarlo a la Universidad: no sirve para otra cosa".

Pero, aun en el supuesto de que los padres elevaran su queja contra el fardo que los agobia, la clase académica se reiría de ellos. Los maestros les dirían que la educación es demasiado corta, que los alumnos carecen de preparación y que deberían permanecer otro año en la preparatoria. Además, al terminar sus estudios, sería bueno que pasaran un año

en Alemania para perfeccionarse, y regresaran a su país con unas cuantas canas en la acbeza.

Es por demás hablar de abreviar los estudios en algún caso particular, pues semejante pretensión parecería absurda. ¡Imagínese usted: suprimir las Matemáticas —la reina de las ciencias— o la Historia —sin la que no se puede comprender la vida moderna—; o la Literatura —tan indispensable para la educación como los cimientos para una casa!

¿A quién se le ocurriría eliminar el latín, cuna de nuestra cultura; o las lenguas extranjeras, sin las que no hay amenidad en la vida, o la Geología, la Biología y las Ciencias Sociales, claves de la felicidad?

A nosotros mismos, tras un examen superficial nos parece que nada de eso puede desecharse. Por ejemplo, es imposible recortar las Matemáticas. ¿Cómo podría suprimirse la tabla de multiplicar? Sólo después de años de esfuerzo se logra extraer correctamente una raíz cuadrada. No puede violentarse tal proceso. Lo mismo ocurre con el álgebra, el latín, las ciencias físicas etc. Idéntica resistencia obstruye el camino de las profesiones. La idea de que un joven ejerza una de ellas al salir de una Facultad es ridícula. Hace un siglo, apenas terminados sus estudios universitarios, un hombre podía pasar por competente. A los 27 años, ya era miembro del Congreso, tenía cuatro o cinco hijos, poseía bienes propios por valor de cuatro mil dólares; pero ahora, ¿quién se atrevería a confiar un caso serio de enfermedad a un joven de 27 años recién salido de la Facultad? ¡Ni pensarlo!...

Más tarde ya entrado en años, disfrutará de un corto éxito; pero entonces, la gente dirá: "Está demasiado viejo, ya tiene cerca de cincuenta años". La expresión "es un médico viejo", que antaño significaba estimación y confianza, ahora equivale a decir: "es un caballo viejo".

Así en este nuestro mal adaptado mundo, la juventud y la vejez se empujan una a otra y un individuo resulta siempre demasiado viejo o demasiado joven.

Tal es la situación: la educación está devorando la vida. ¿Qué hay que hacer contra ello? ¿No hay, acaso, algún remedio? Cuando un traje está viejo, se puede hacer muchas

cosas con él, se le puede voltear al revés; se le puede teñir; se le puede remendar; pero tal vez lo mejor es comprar un traje nuevo y tirar el viejo.

Lo mismo ocurre con la educación. Es preciso buscar nuevos sistemas de enseñanza.

Tomemos, por ejemplo, las Matemáticas. Admiro su belleza y utilidad. Todo el mundo las necesita en la vida cotidiana; son necesarias, además, para la preparación mental de todo, pero a mi parecer, se deberían recortar a la mitad los estudios matemáticos, y esto sería posible si se suprimieran los rompecabezas que se mezclan con ellas y se dejaran lisa y llanamente las puras matemáticas. Los niños aprenden a contar, sumar, restar y multiplicar, y sienten que todo eso es sencillo y recto; la tabla de multiplicar puede ser difícil, pero es leal. Ahora bien, de pronto se plantea al niño un problema complicado: ¿Qué cifra, dice el profesor al alumno, está formada por dos números, de los cuales uno es el doble del otro, y ambos suman nueve? (63 o 36). Esto no es propiamente matemáticas; es un rompecabezas. El único modo de resolverlo debería consistir en escribir todos los números desde el 10 hasta el 99 y ver cuál de ellos proporciona una solución correcta; pero cuando se exige que el alumno resuelva dicho problema intuitivamente, se trata de un rompecabezas. Los estudiantes no son inventores.. Pitágoras resolvió el problema de los cuadrados y del triángulo rectángulo. Por mi parte, acepto su descubrimiento sin investigar y me lo aprendo de memoria en 10 minutos. Las verdaderas matemáticas constituyen un proceso aprendido y, después, utilizado; es difícil de aprender pero más tarde se convierte en una segunda naturaleza.

Si se le enseña al capitán de un barco a calcular el ángulo de declinación del sol, y al empleado de un agente de cambios a usar logaritmos para los cálculos de interés compuesto, está bien; pero no debe esperarse que un estudiante se ponga a resolver problemas que Isaac Newton o Copérnico tal vez hubieran logrado resolver o tal vez no.

Otro lastre del que se podría prescindir es el de las lenguas muertas; el griego, por ejemplo, que hoy en día solamente los apóstoles o los filósofos estudian.

El latín, a pesar de sus excelencias, representa asimismo un peso inútil, del modo en que se enseña actualmente. Debe permanecer en el programa de estudios de nuestras escuelas, no como literatura, sino como disciplina mental. El mejor método para escribir bien su idioma, es haber escrito mal latín. No niego que, tal vez un alumno capaz de escribir bien una buena frase latina, podría ingresar a una oficina de negocios y escribir cartas que fascinaran a los clientes; pero la dificultad estriba en que se enseñe el latín como en la Edad Media. En aquella época, cuando construían una pared para que durara 500 años, y cuando enseñaban latín lo hacían con el mismo espíritu y cavaban los cimientos a tal profundidad, que parecían los de una catedral.

Me parece que podrían obtenerse los mismos resultados respecto al valor literario y la preparación mental del latín, si se redujera su enseñanza un 50%. En cuanto a mí enseñaría la gramática de un modo muy sencillo: sin parar mientes en las rarezas y las excepciones. Se puede dejar a los alumnos que vivan y mueran sin saber que "bobus" se puede también escribir "bubus" e ignorar que el dativo de "dea" es "deabus"; basta que encuentren diosas de carne y hueso en la vida real.

En cuanto a las lenguas vivas, no se puede decir que las enseñamos mal, ya que de ninguna manera las enseñamos. Preguntad a cualquier alumno en qué método estudió francés; pero no le hagáis la pregunta en francés, pues no os entendería. Lo malo, en nuestra enseñanza de idiomas modernos, es que los métodos están viciados por la costumbre de traducirlos. El resultado es que en vez de hablar directamente el idioma extranjero, se le traduce perfectamente, como si se tratara de una lengua muerta. Las únicas palabras francesas que conocen los norteamericanos son "eau de vie" y "paté de foie gras" porque no existen en inglés.

Mayor ahorro de tiempo se podría obtener en la enseñanza de la literatura. En este ramo, la salvación consistiría en aceptar, una vez por todas, que los conocimientos del alumno no pueden demostrarse por exámenes escritos, sin perjuicio para la propia enseñanza.

A mi parecer el programa de estudios escolares y uni-

versitarios debería consistir en un máximun de estímulo y mínimun de exámenes. Leer en voz alta, discutir, animar, encender una llama, prender una lámpara, inculcar en el alumno el amor a la lectura: tal debería ser la misión del maestro. Para cumplir con ella no se necesitaría mucho tiempo, ni siquiera la mitad del tiempo que actualmente se requiere: lo esencial sería proponerse un fin concreto. En otras palabras, no se trata de recargar el programa de estudios, sino de despertar el interés del alumno.

Al decir que debería recortar la enseñanza de la Literatura, no pretendo menospreciar un tema que ha sido por muchos años mi vida: quiero sencillamente afirmar que nuestros métodos de enseñanza se proponen enseñar lo imposible; sustituir el conocimiento de los textos a la apreciación literaria y los exámenes a la lectura por amor a la lectura, que es la única preparación literaria verdaderamente valiosa.

La enseñanza de la Literatura debería consistir, al principio, en la lectura de obras de mérito, a niños que aun no saben leer. Se puede decir que la mayoría de las gentes conservan principalmente en su memoria el recuerdo de lo que su mamá les leía en voz alta cuando eran niños; pero la madre nunca les hizo sustentar exámenes ni les preguntó cuáles eran las seis principales bellezas de Robinson Crusoe.

Les leía por el gusto de leerles, y esto introducía al niño en el jardín mágico en el que gustó refugiarse cuando supo leer; pero el maestro lo echó fuera de ese jardín cuando lo obligó a sustentar un examen escrito.

Es imposible, en esta breve reseña, examinar en detalle todos los problemas que plantea la enseñanza. Sin embargo, en pocas palabras se puede sugerir una idea. Tomad, por ejemplo, la Historia; empieza desde la vida del Cosmos hasta la de Juan Pérez, cada una atestada de hechos y documentos. Sin embargo, lo extraño en la enseñanza de la Historia es que, cuanto más amplio es el espacio de tiempo que

abarca, tanto mejor se le puede abarcar. En la misma forma y con una sola mirada, se puede recorrer todo el cielo; pero resulta difícil contemplar en un paisaje un solo árbol, aislado.

Lo que se necesita al enseñar la Historia es proporcionar al niño un compendio amplio y sólido. Wells escribió la historia del mundo en un volumen. Podría escribirse en un capítulo o en una página. En la escuela, basta enseñar al alumno un compendio, y darle, por decirlo así, un barniz total de Historia. Unas cuantas fechas bastarán, con unas cuantas pruebas, y fuera de eso, será preciso estimular al alumno para que lea por gusto y nunca deje de leer.

Todas las reformas que hemos sugerido antes se refieren al programa de estudios, pero el mismo ahorro de tiempo podría tal vez obtenerse, si se modificara el método de graduación. La mayoría de los alumnos y los estudiantes están sometidos al sistema de promoción anual, en el cual ascienden todos al mismo tiempo o algunos se quedan atrás para repetir año.

En tal forma, cuando el estudiante llega a la mitad de la preparatoria, antes de ingresar a la Universidad, forma parte de una especie de caravana que se mueve lentamente en el camino de la enseñanza, siempre al paso del viajero que camina más despacio.

Cualquier muchacho inteligente podría caminar más a prisa que dicha caravana, como lo haría un automóvil en medio de carretas, y adelantarse así unos dos años. Cuando la pesada caravana llega a su meta, aquel muchacho ya estaría casado, tendría un hijo, una posición establecida, barba, deudas, y habría vivido. Contemplaría la caravana compuesta de neófitos provistos de lentes, de 30 años de edad, temerosos ante la luz del día y ante la vida, pues por espacio de 30 años los habrían mantenido sus padres.

La educación debe cambiar; pero para realizar ese cambio, es preciso comprender, ante todo, que eso es absolutamente indispensable.

(De "The New York Times Magazine". — Tomado de Amatl, El Salvador).

LA EDUCACIÓN DE LOS PRE - ADOLESCENTES

DR. ALFONSO PRUMEDA

A pesar de los diferentes cambios políticos, sociales y económicos que la Humanidad viene experimentando en los últimos años, la familia sigue siendo en todos los países el punto de mira fundamental de los gobiernos, de las instituciones y de los ciudadanos. Las instituciones se adaptan, cada vez más, a las necesidades de las familias; las iglesias, las escuelas, los organismos de asistencia social y las demás corporaciones, cada una en su esfera de acción, procuran atender esas necesidades en la mejor forma posible. Los mismos ciudadanos, conscientes del valor individual y social de la familia, se interesan más y más por ésta; procuran en general, el bienestar de aquella de que forman parte y, cuando van a constituir una nueva, ya piensan en la trascendencia de esa importante actividad humana.

Es que la familia, no obstante las profundas modificaciones de la vida contemporánea, sigue siendo el núcleo de ella, la célula primordial de la sociedad, de la patria, de la humanidad. Podrá haber variado su modo de formación y de constitución; podrán haber cambiado los medios de mantenerla unida y coherente; podrán haberse transformado algunos de sus caracteres más importantes. A pesar de todo esto, la familia continúa siendo el eje alrededor del cual giran los intereses de los individuos, las preocupaciones de las autoridades y las aspiraciones de la comunidad. Todavía se cree, fundadamente, que de la buena organización de las familias, de su bienestar y de su progreso dependen primordialmente la buena organización, el bienestar y progreso de las patrias en particular y de la humanidad en general. Todavía se desea para eso y por eso, que la familia sea cada

día más sana, más fuerte, más buena; que sus condiciones sean más y más satisfactorias y que sus componentes la sirvan del mejor modo posible y tengan la preparación adecuada.

Esta preparación debe hacerse, según lineamientos generales que en la actualidad se tienen en cuenta para el desarrollo de la personalidad humana, aprovechando para ello la época en que está tratando de constituirse en sus elementos fundamentales, es decir en la adolescencia. Época singular, de variadas y numerosas oportunidades; en que el cuerpo y el espíritu son susceptibles de un adiestramiento trascendente; en que ambos, por medio de la educación, son capaces de desarrollar sus naturales aptitudes y de adquirir otras nuevas. Para que esto tenga todo el alcance deseable, es forzoso atender los cinco aspectos de la personalidad: el físico corporal, el intelectual, el moral, el estético y el social. Toda educación, toda cultura, dignas de estos nombres, se desarrollan armónicamente en esa quintuple dirección; la educación de los adolescentes así debe también desenvolverse; de la misma manera habrá de concebirse y realizarse la preparación que debe dárseles con miras al ejercicio de sus deberes futuros como jefes de familia.

Esta preparación puede recibirla el adolescente de tres modos: por intermedio de la escuela secundaria, que incluye disciplinas culturales y de otra especie, muy útiles para la vida; por medio del ejemplo que le dan sus padres, cuando, por fortuna, pertenece a un hogar bien organizado; y en forma específica, que es la que debería darse al jovencito, con la finalidad particular que se persigue.

La educación sexual, bien entendida y mejor desarrollada, ayudará eficazmente a los adolescentes y a los jóvenes a tener el debido respeto por su actividad sexual, que no es lícito ejerciten prematura o inconsideradamente; les hará ver las ventajas de la abstinencia sexual prematrimonial o, por lo menos, de la continencia vigilada; les defenderá de los peligros de las enfermedades venéreas; les apartará de las consecuencias de la vida disipada; les hará adquirir, insensiblemente, un concepto claro de sus responsabilidades para el hogar que más tarde funde, particularmente para su des-

cedientes, y contribuirá con los diversos aspectos de la preparación para "jefe de familia" a que los hogares no sean víctimas de las herencias morbosas y a que sean, por el contrario, ejemplares plausibles de lo que puede conseguirse por medio de la eugenesia.

Desde el punto de vista intelectual, es inconcuso que la cultura que el adolescente adquiera, sea en la escuela, en su casa o por otros medios, habrá de serle muy útil cuando tenga que aprovecharla para su propio hogar. Entonces no le faltarán oportunidades para contribuir a la ilustración de su esposa y de sus hijos; podrá contestar, aunque en forma elemental, las preguntas que le hagan; sabrá aprovechar el periódico diario, las revistas que lleve a su casa para comentar en familia, las noticias importantes y dirigir discusiones provechosas acerca de ellas; estará en aptitud, sobre todo porque su cultura posterior se ha ido acrecentando, para formar la biblioteca del hogar, donde su esposa y sus hijos encuentren las lecturas que les instruyan o diviertan, sin los peligros que se esconden en los libros inconvenientes que, por descuido o indiferencia, llegan sobre todo a manos de los hijos y de las hijas.

Dentro de las actividades que corresponden a la escuela de adolescentes, no debe faltar la educación estética, que permite el conocimiento y apreciación de la obra de arte literaria o plástica, no sólo por lo que toca a la satisfacción desinteresada y propiamente artística (indispensable en toda cultura completa), sino para aprovechar esas actividades en beneficio de la comunidad, de la que es célula primordial el hogar. La cultura estética contribuye eficazmente a modelar la personalidad y es un factor que juega importante papel en la conducta presente y futura de cada quién. Las aficiones a la literatura, el cultivo de la música o de la pintura, hacen en general más amable la vida, y le dan ambiente y color satisfactorios. Dentro del hogar, el arte y el buen gusto, por modestas que sean sus posibilidades, son factores de alegría y felicidad. Saber adornar una casa, tener en ella música adecuada, poder disfrutar colectivamente el placer que proporciona una obra literaria, son todas actividades que contribuyen al bienestar familiar y, por lo mis-

mo, en ellas debe intervenir debidamente el jefe de la casa, que debe tener la preparación adecuada.

Quizás ésta es más indispensable en el dominio de la moral sobre todo por la crisis que atraviesa en la época contemporánea. Los trastornos económicos y las modificaciones sociales que la caracterizan han hecho cambiar muchos de los conceptos que, en otros tiempos se consideraban fundamentales, entre ellos algunos relativos a la familia y, en particular, a las relaciones entre sus diversos componentes. La esposa tiene, en muchos países, mayor libertad, mayores prerrogativas y también mayores responsabilidades que antes; los hijos, agitados por la inquietud de la juventud actual pretenden o exigen un tratamiento distinto del que han disfrutado y, con frecuencia, tienen ingerencia mayor y más efectiva en la vida de la familia; por todo esto, la autoridad del Jefe de ella ha tenido que adaptarse, modificándose en varios aspectos y aún menoscabándose en otros.

Algunas de las actividades que, dentro de la escuela y fuera de ella, realizan los adolescentes para desenvolver el aspecto social de su personalidad, son muy útiles para que lleguen a adquirir esa convicción. La educación cívica contemporánea, que trata de formar en los alumnos correctos hábitos sociales, es un factor poderoso para modelar su carácter; haciéndoles intervenir activamente en diversas labores de servicio social, hace nacer en ellos el interés por el bienestar colectivo y los prepara eficazmente para su vida cívica futura, dentro de la cual ocupa lugar preponderante la vida que sepan imprimir a su hogar y a su familia.

Tales actividades despiertan y fortalecen, en los adolescentes, algunas cualidades sociales muy valiosas: amor al trabajo, cooperación, sentido de responsabilidad, armonización de los esfuerzos, preocupación por el bien de los demás, disciplina consciente, espíritu de grupo, etc., cualidades todas que son indispensables en los componentes de cualquier conglomerado humano y, por lo mismo, en los que constituyen una familia. Dentro de la escuela, el adolescente tiene ocasión de poner en juego tales cualidades, cuando forma parte activa de equipos deportivos, cuando integra comisiones de auxilios mutuos, de ayuda y protección a los

menores que él, de visitas a los compañeros que están enfermos o sufren por otro motivo, etc.; cuando, como parte de su educación cívica, conoce las instituciones sociales que se ocupan de los niños, de las madres, de las familias en general y, de algún modo, participan en ese altruista trabajo. Los comentarios oportunos e inteligentes que hagan, con motivo de esas visitas, los maestros encargados de esa modalidad del civismo bien entendido, permitirán a los adolescentes darse cuenta de las deplorables consecuencias de la mala organización de algunas familias, e indirectamente, les harán sentir la necesidad de trabajar, cada uno en lo que le corresponda, para que no se presenten esas tristes situaciones.

Extractó don Abel Méndez, de la Revista Mexicana de Educación, para esta revista.

OBSERVACIONES SOBRE EL SISTEMA DE WILHEN DILTHEY

R. OLIVARES FIGUEROA

La publicación de los "Fundamentos de un sistema de Pedagogía" del profesor y filósofo alemán Wilhen Dilthey es interesante, porque da motivo para revisar y rectificar los postulados de la teoría herbartiana. Ciertamente es que aparece ahora en nuestra lengua vertida de la primera edición original, reciente en su país de origen; pero no lo es menos que dicho estudio data de finales del pasado siglo. Sin embargo, su concepción no ha sido todavía superada. Trátase de una serie de lecciones universitarias a veces en esquema, "de una originalidad y resolución que sorprende respecto a la actitud más reservada de sus publicaciones ulteriores", como se dice en el proemio que la antecede. Opina Wilhen Dilthey, no sólo que la ciencia de la educación ha de fundamentarse en la Filosofía, sino que "en su más amplio sentido", debe considerarse a ésta como "una teoría de la formación del hombre"; que la Pedagogía debe ser el fin "de toda verdadera filosofía", ya que el pensamiento es como la médula o el espíritu de la acción.

Acaso uno de los méritos de Dilthey sea el haber sabido probar la inconsistencia de los sistemas pedagógicos que adoptan principios de validez universal, no reparando en las circunstancias relativas a espacio, tiempo, concepción de vida, imperativos sociales y políticos, económicos y nacionales. Dicho error, revela el peligro de "una teoría abstracta que, presentándose con falsas pretensiones, actúa revolucionaria y destructoramente sobre las ordenaciones históricas de la sociedad", como en el Siglo XVIII.

Este criterio no es descabellado, porque la tendencia de la psicología popular a las generalizaciones, es notoria, por

su inconsistente juicio crítico, y las necesidades y modos de existencia son tan diferentes como las mutaciones evolutivas, cuya violenta alteración siempre es peligrosa.

Basta una ojeada a los ideales educativos sustentados por las colectividades humanas, a través del curso de la historia, para comprender que dimanen de una manera natural, de las condiciones generales de la vida y del Estado, de los imperativos de defensa, moralidad, orden, producción, bienaventuranza, etc., y que el predominio de uno de estos factores se manifiesta siempre en las escuelas. Pero si lo dicho nada arguye contra la posibilidad de una Pedagogía que tenga como fin la capacitación del individuo para el cumplimiento de su misión humana y trascendente, no se nos oculta lo difícil de una teleología (o noción de finalidad), que convenga a todos los pueblos y se adapte a todas las épocas, esto es, con validez general estricta. Desde Platón, se habla, no obstante, de los conceptos de perfectibilidad, cultivo y desarrollo, como objetivos clásicos de educación, atendiendo a la personalidad posible del niño, pero se olvida que aquéllos, en sí, no son finalidades, sino medios, o, en todo caso, fines que se condicionan a subordinan a otros superiores.

Muy justo es que denuncie Dilthey esa "educación abstracta" que parece olvidarse de la realidad, como si el medio y el educando fueran unos entes del mundo aéreo, siendo mucho más lógico el propugnar una educación en la que se correspondan, contrapesándose, los intereses cardinales de la sociedad y el individuo.

Por lo que toca a éste, ha de procurarse que no se malogre una personalidad que nace a la vida, máxime si revela, en algún modo o grado, signos selectos. "El principio fundamental de una pedagogía consiste, pues, en una aspiración: la vida anímica tiene una teleología interna y, por tanto, una perfección que le es propia", afirma Dilthey. La experiencia, y no la metafísica, permitirá intuir las reglas que han de presidir su desenvolvimiento.

Ahora bien: si la educación, atenta al futuro de toda vida humana en desarrollo, "ha colocado en primer término, en la función educativa general, el fin en sí de los indi-

viduos" (Dilthey), exige igualmente que éstos, dentro del círculo de sus posibilidades, rindan a la colectividad el esfuerzo máximo; de lo que se deduce que la Pedagogía debe adaptarse a estos factores para que responda a las complejas directrices que dimanán de dichos vitales intereses, siendo ridículo suponer que puedan señalarse idénticos fines, planes, materias, métodos a unos escolares de Estados Unidos que a otros de China o Polinesia.

En realidad, "las verdades de la pedagogía son dependientes de las verdades de la política", como se sabe por la historia, pues deben adaptarse a la constitución o leyes de cada país, según se lee en el VII libro de la "Política" de Aristóteles, el que añade: "La alteración de esta relación provoca la destrucción del Estado". (Citado por Dilthey).

Obsérvense los deberes de reciprocidad que esta concepción exige: pues, mientras los poderes públicos se hallan obligados a favorecer el desenvolvimiento de las capacidades y a concederles toda la autonomía compatible con su seguridad, ya que la coacción abusiva degrada y envilece al sujeto que evoluciona, éste se halla obligado a la fidelidad, a la disciplina, y a rendir su máximo esfuerzo a la sociedad de que forma parte.

Relaciónase con lo expuesto el problema de las vocaciones que lleva aparejado el de la orientación profesional y cuya importancia es extremada, sobre todo en pueblos que, como Venezuela, carecen de una tradición industrial y agrícola; y también con los derechos atribuibles a otras entidades.

Dilthey trata todos estos puntos con visión desinteresada, llegando a conclusiones como las siguientes: "El derecho del poder paterno está condicionado y limitado por el deber paterno de la protección, que no permite tratar al niño como medio, sino respetarlo también como fin en sí", o bien: "La regla suprema aquí, es: todo cuerpo social tiene que participar en la educación, en la medida en que representa un elemento de su objetivo supremo".

Con el Estado y la familia, estas fuerzas "o elementos de dominio", son, según Dilthey, las corporaciones científicas y la Iglesia, ponderando como indispensable para la paz

social el hecho de que se hallen equilibrados. Así es posible a la educación crear el hombre de su época y de la realidad social a que pertenece.

En oposición a la tendencia intelectualista, Dilthey atiende con preferencia a la sentimental, por considerarla más dominante dentro del complejo anímico...: "el sistema, dice, de educación de un pueblo, surge de su "ethos" y se une a su estructura conforme a experiencias y emociones propias, de un modo particular". "Toda actividad que produce la perfección de los procesos en una alma" es formativa; de ahí que el pedagogo deba conocer la teleología de la vida espiritual en que se fundamenta.

La Pedagogía, que toma de la ética sus objetivos, válese de la psicología como actuación; pero nunca de la psicología podría derivarse una pedagogía. Es de capital importancia para la formación del hombre completo, la coordinación de las funciones sentimentales con los deseos y voliciones. Por eso la capacidad de inhibición distingue al hombre educado del primitivo, en el que el juego de apetitos e impulsos es desordenado e inestable, como puede verse en el párvulo. "Teleología, perfección y desarrollo constituyen el carácter del mundo espiritual, aunque rudimentariamente, ya residen en el mundo de la naturaleza orgánica". "Las emociones, sentimientos, tendencias, dice Dilthey, se diferencian en el modo como el hombre siente en sí el mundo y trata a éste. Constituyen, como disposiciones naturales, el carácter del hombre. En ellas se halla lo elemental, contradictorio, irracional y a la vez lo poderoso e impulsador del desarrollo y de armonías cada vez mayores en la naturaleza humana. Por ellos somos para nosotros un enigma y a menudo también para los demás". Se comprende que no puedan ser expuestos en la forma de validez general; cosa reservada al campo intelectual.

Pero la conexión de esos procesos con el espíritu social e histórico, constituye toda una técnica. Si la educación es una actividad de tipo formativo, ha de operar sobre un sujeto plástico, en desarrollo, y aunque en cierta manera puede el animal ser educable, lo general es que dicho concepto se aplique al niño; y, de manera acondicionada, al hombre, ya

que los límites de educabilidad son dependientes de las diversas estructuras humanas y, como indica Dilthey, todas las instituciones de la sociedad ejercen funciones educativas, puesto que actúan armónicamente "para dar a los individuos su configuración más elevada".

Muy interesante son las ideas que se refieren a la relación entre maestro y alumno, parecidas a las que existen entre gobierno y pueblo. Dilthey exige que el pedagogo conozca las leyes de la vida anímica y sepa utilizarlas "como artista educador"; pero lo que asegura sobre todo el éxito es "la ininterrumpida ingenuidad en la base del alma del educador", sus dotes sugestivas, su capacidad de comprensión, su sentimiento de la vida y sensibilidad respecto al alma de los niños.

La "Exposición analítica de los procesos que colaboran en la educación" (Cap. IV) contiene, junto a ideas ya conocidas, puntos de vista propios, constituyendo una de las aportaciones de su trabajo más estimable. La medida del alcance pedagógico ha de sujetarse a la relatividad individual, social e histórica, como se deduce de consideraciones anteriores, por lo que "no se exige para el individuo una formación intelectual que sobrepase la necesidad". Respecto al juego, dice: "La vida anímica del niño sólo se puede expresar en el juego y sus funciones. En el juego se conserva la salud del alma infantil mediante tal actitud libre. La primera regla de toda educación debe ser: el juego es para la vida del niño una función natural. El fomento de éste por el educador sólo debe promover el género de procesos que se hallan en el niño y no limitar la libertad. Si el juego de las percepciones desarrolla las imágenes de los objetos; si el juego de la fantasía cultiva la vida interna peculiar del niño; si el juego como ejercicio intensifica y eleva la salud, las fuerzas físicas y la moralidad; habrá que cuidar tales ventajas; pero también coordinar su función propia. El tránsito del juego al trabajo en el niño se forma por ejercicios intuitivos que, al principio, pueden realizarse en forma de juego".

Pasa más adelante a referirse a la intuición, principio supremo de la enseñanza, formulado bajo la influencia de

Bacon y Comenio por Rousseau, y sistematizado por Pestalozzi, Herbart, Froebel y otros, y se enuncia: "La intuición debe seguir la marcha de la naturaleza, pero ésta va de la intuición al concepto y la palabra" que es, en cierto modo, una intuición, pero "las intuiciones sensibles, como base de toda experiencia y de todo concepto, son completadas por la percepción de los estados interiores", necesitando para su cultivo de la atención dirigida por el interés.

Por lo que toca al interés "voluntario" que llamó Herbart "indirecto", Dilthey lo considera conveniente, desde el punto de vista ético, porque representa un acicate para la voluntad que ha de ser dirigida (formación del carácter moral). Pero la educación ha de ser apta para despertar el "involuntario" (el "directo" de Herbart), porque asegura el aprovechamiento de la labor docente; y que depende, en primer término, de la vivacidad que en el educador es indispensable.

Coincide Dilthey con Herbart entre otras muchas cosas, en no concebir a la memoria como facultad anímica, sino como subsistencia, actividad, reproductibilidad de representaciones y asociaciones, que forman complejos en los que también interviene la inteligencia.

Nos faltaría espacio para examinar las numerosas conclusiones a que el autor llega dentro del campo de la psicología, por lo que sólo nos referimos, para terminar estas consideraciones, a la conexión que, de modo insistente, reclama Dilthey para los procesos que provoca la escuela con "la realidad", con "lo vivo", con "el todo". No sin patetismo, denuncia el hecho de que se ha expulsado de todas partes a la vida, y que hay que ensanchar el círculo de la experiencia infantil por la educación, en una relación inductiva: "Las matemáticas tienen, dice, que renovar constantemente las relaciones con la naturaleza. La historia ha de vivificar continuamente su armazón por medio de las referencias a la sociedad actual. La enseñanza del idioma ha de mantener conscientes las relaciones con el discurso vivo, con la frase real y renovarse en el hablar y escribir"; pero reclama una metodología que simplifique el campo del saber, tan dilatado por sus progresos.

INFORMACIÓN GENERAL

EL TELÉGRAFO SIN HILOS

AQUILES CABEZAS

A p r e c i a c i o n e s

La maravillosa realización de la telegrafía sin hilos que nos legó el final del siglo anterior, no es sino una etapa más en la sucesión milenaria de éxitos con que el pensamiento se define, superándose incesantemente, para dignificar la existencia de unos cuantos seres, en contraposición al influjo que, también incesantemente, guía a otros sectores de la Humanidad por senderos de decadencia y destrucción. Porque el progreso ganado por la Ciencia, una vez hecho conquista y vulgarizado, y, sobre todo, una vez que ha sufrido rectificaciones, pasa a convertirse en caudal y ya casi no nos conmueve más.

¿A quién se le ocurriría, por ejemplo, regocijarse en estos tiempos escuchando un fonógrafo de cilindros? Y sin embargo, ese ingenioso aparato, con su enorme bocina, sus pesadas piezas y su chillido inolvidable, que veinte años atrás hacía las delicias del público y de los bailarines y hoy nos parece ridículo, sin duda alguna costó como la mayoría de los inventos útiles, desvelos, concentraciones, fracasos y triunfos memorables a más de un individuo de mente batalladora; aparte de las magníficas revelaciones que los espíritus disciplinados han podido obtener a veces de manera intempestiva. El paso de los siglos es firme, y su huella, imborrable. Y si bien la comprensión, igual que el hábito de observar y experimentar de que se sirven preciosamente las ciencias físicas, acuden a producir los grandes resultados, hay también un aporte de valor inestimable y decisivo que corresponde a la intuición —audacia de pensadores inconformes y dinámicos— en el fondo de estas conquistas admirables.

Por eso se considera legítima e indiscutible la exaltación de los grandes valores científicos, cuya paciente y coordinada labor, en lo que se refiere a los fenómenos eléctricos, hay que hacer remontar a la Grecia antigua, donde 600 años antes de la Era Cristiana, ya Tales de Mileto observaba la atracción producida por el ámbar amarillo sobre cuerpos ligeros, que hoy llamamos electricidad.

T r a s m i s i ó n i m p e r f e c t a

Seguramente se pensó, desde hace bastante tiempo, en la necesidad de abreviar la entrega de señales entre sitios distantes, pues si en épocas muy alejadas de nosotros pudieron ser provechosos los telégrafos de hogueras y de antorchas, los telégrafos aéreos atribuidos a los chinos y otros recursos comparables, ya el siglo XIX no podía continuar conformándose con tan modestos avances.

La transmisión de señales a distancia por medio de la electricidad, como es natural, fué hecha al principio mediante el telégrafo de alambres conductores, perfeccionado por Samuel Morse a mediados del siglo XIX y cuya expresión más pintoresca y original había sido la línea telegráfica de Lesage (Ginebra), compuesta de 25 alambres, uno para cada una de las letras del alfabeto (año 1774).

T e l é g r a f o e l é c t r i c o

El primer telégrafo eléctrico relativamente eficiente se construyó aprovechando simplemente el fenómeno de inducción electromagnética, que produce desviaciones de la aguja de un galvanómetro: sus aparatos de recepción eran galvanómetros pocos sensibles cuya aguja oscilaba en uno u otro sentido, haciendo así visibles las señales convencionales transmitidas.

En la actualidad se emplea en telegrafía más que ninguno otro el sistema de alambres conductores, ya perfeccionado, del tipo Morse, que consta de: aparatos generadores o productores de corriente eléctrica, como la pila usual; un manipulador o trasmisor con el cual, mediante un con-

tacto, se interrumpe y se deja pasar alternativamente dicha corriente; un alambre conductor aislado y un aparato receptor. Este aparato receptor consiste en un pequeño electroimán por cuyas bobinas pasa la corriente procedente de la estación trasmisora produciendo una imantación que atrae una armadura muy ligera de hierro dulce normalmente separada del electroimán, por la acción de un resorte. Al golpear la armadura contra el núcleo del electroimán se produce un ruido característico, y del número de golpes y de los intervalos entre ellos deduce el operador las señales que se le trasmiten.

ALFABETO TELEGRÁFICO MORSE

A .—	J .— — —	S ...
B —... .	K —.—	T —
C —.—.	L .—..	U ..—
D —..	M ——	V ...—
E .	N —.	W .— —
F ..—.	O — — —	X —..—
G — — .	P .— — .	Y —. — —
H	Q — — .—	Z — — ..
I ..	R .—.	

Trasmisión rápida

Como es natural, del telégrafo eléctrico de hilos conductores debía pasarse a suprimir dichos conductores metálicos, procedimiento que se basa en el principio de que las ondas luminosas no son otra cosa que ondas electromagnéticas transmisibles a través del espacio. Tan notable descubrimiento lo debemos al físico inglés Jaime Clerk Maxwell.

En 1816, cuando aún no se había podido aplicar ventajosamente el uso de la corriente eléctrica a las comunicaciones a distancia, el físico francés Juan Bautista Biot establecía ya una conclusión rudimentaria pero prometedora, al observar que una rana suspendida de un hilo y en comunicación con tierra experimentaba contracciones al hacer saltar una chispa en una máquina eléctrica colocada a 12

metros de distancia; la pata de la rana era el dedo eléctrico que detectaba el paso de la onda producida por la chispa: magnífica base ésta para la experimentación que en no muy lejana fecha habría de producirse.

Primeras experiencias

Ya en 1842 otro físico inglés, Joseph Henry, había descubierto que las chispas o descargas disruptivas de un condensador al través de un alambre conductor producen, no el simple transporte de electricidad en determinado sentido, sino una sucesión de cargas y descargas alternadas en uno y otro sentido, que originan una corriente oscilante de conducción en el conductor de conexión de las armaduras, y otra de corrimiento, igualmente oscilante, en el dieléctrico. Y como resultado de la resistencia del conductor, las cargas sucesivas e inversas de las armaduras decrecen a cada oscilación, produciendo calor y siendo el amortiguamiento mayor cuanto más grande es la resistencia del conductor. Para obtener ondas poco amortiguadas es preciso adoptar alguna disposición con la cual se logre prolongar la emisión de la emisión de la energía en cada grupo de oscilaciones.

En 1864 Maxwell estableció por una intuición genial que las variaciones del campo magnético en un punto de un dieléctrico o espacio aislador corresponden con las variaciones del campo eléctrico en el mismo punto; que las dos perturbaciones inseparables se propagan con igual velocidad y dan lugar a una onda electromagnética emitida por dicho punto, onda que tiene todas las propiedades de una onda luminosa polarizada.

Según la teoría de Maxwell, si un condensador (Botella de Leyden) se descarga de un modo oscilante, se producirán en el medio que rodea al circuito ondas electromagnéticas de frecuencia igual a la de las oscilaciones de la descarga, y si se coloca cerca de la primera otra Botella de Leyden cuyas armaduras estén conectadas con un circuito tal que fuera capaz de producir oscilaciones de la misma frecuencia que las del primer condensador, en el circuito de la segunda Botella se producirán, **por resonancia**, oscilaciones al unísono con las del circuito oscilante en descarga.

O n d a s h e r t z i a n a s

El estudio detenido de las ondas electromagnéticas fué realizado después del medio siglo XIX por el físico alemán Enrique Hertz, y por eso se las dió el nombre de ondas hertzianas, con que hoy se conocen.

O s c i l a d o r

Hertz buscaba la manera de aumentar la rapidez de las vibraciones eléctricas, disminuyendo la capacidad. A este fin separó las armaduras del condensador, constituyendo un circuito oscilante abierto, es decir, cuyo espesor dieléctrico es del mismo orden de magnitud que el circuito total. Este dispositivo producía acciones a distancias más intensas que las de los circuitos cerrados.

El aparato que produce las ondas trasmisibles se llama oscilador o emisor.

La analogía de propiedades de las ondas eléctrica y luminosa sugirió a Hertz la idea de colocar el emisor en la línea focal de un espejo parabólico para condensar la onda en un haz paralelo y hacer sensibles sus efectos a mayor distancia.

R e c e p c i ó n

La teoría de las ondas osciladoras electromagnéticas producidas por descargas eléctricas era conocida, pero no había sido posible, antes de 1888, revelar, o recibir esas ondas. Marconi, desde la edad de 18 años, sabía de experiencias que demostraban la posibilidad de recoger las ondas hertzianas, y desde entonces concibió el propósito de utilizar tan maravilloso vehículo de energía al través del espacio para poner en rápida comunicación sitios extensamente alejados.

Una gran diversidad de detectores o aparatos de recepción, fundados en diferentes principios, fueron ensayados sin éxito; pero este esfuerzo al menos expresaba el afán de conseguir un detector práctico que pusiera de manifiesto las ondas a mayores distancias.

Es importante recordar que desde 1835 el profesor sueco Munck y Rosenshoeld había descubierto que un tubo con gránulos conductores de estaño, carbón, etc., ofrecía una resistencia imprevista después de la primera descarga de una Botella de Leyden. Esta resistencia, decía, disminuye considerablemente después de la descarga y aumenta de nuevo cuando se agita el tubo. En 1838 obtenía el mismo efecto con placas separadas por una capa de resina o con un cilindro fundido que contuviera glóbulos de mercurio con un exceso de azufre.

C o h e s o r

El aparato llamado Cohesor o Radioconductor es debido a Eduardo Branly, distinguido electricista y radiólogo francés. Este notable invento consiste en un tubo con limaduras metálicas que se coloca en el camino de las ondas hertzianas engendradas por la chispa que se hace saltar en la estación trasmisora. Interpuesto así el tubo en un circuito, interrumpe la corriente; las ondas orientan, por decirlo así, las partículas de metal y cierran el circuito local, que vuelve a abrirse automáticamente por la acción continuada de un martillo descohesor.

En 1884 y 1885 Calzecchi Onesti, profesor del Liceo de Ferno, en Italia, realizaba el primer estudio casi completo del tubo de limaduras, y a este fin empleaba un tubo de cristal en el que colocaba una limadura metálica entre dos varillas de cobre, que intercalaba en el circuito de una pila y un galvanómetro.

Branly, en 1890, reanudó las experiencias ya publicadas de Calzecchi y las completó. En efecto, Calzecchi indicó solamente que la sensibilidad del tubo era mayor cuando su circuito estaba abierto, sin suprimir los hilos inútiles, y Branly comprobó que la chispa producida por una máquina electrostática actuaba a distancia sobre el tubo de limaduras sin ningún hilo de conexión.

En 1893 Lorge y otros científicos atribuyeron a las ondas electromagnéticas la acción de la chispa sobre el tubo de limaduras y le vulgarizó con el nombre de Cohesor, en

honor a la aglomeración aparente producida por la chispa entre las partes conductoras. En 1897, Branly propuso denominar Radioconductor a toda sustancia cuya resistencia eléctrica era modificada por las ondas.

El dispositivo de Calzecchi fué adoptado por Marconi en sus primeras experiencias de telegrafía sin hilos de gran alcance. En 1894, Marconi había obtenido ya el primer detector práctico de radio, y desde entonces realizó grandes avances hasta 1896 en que fué hecha la primera demostración pública del telégrafo inalámbrico. En 1902 dió Marconi al detector magnético la seguridad y sensibilidad de funcionamiento necesarias para una explotación comercial de telegrafía inalámbrica.

E s t a d o a c t u a l

En la actualidad, la trasmisión inalámbrica ha alcanzado progresos extraordinarios, cuya significación estamos lejos de aquilatar cuando saboreamos, sin ningún esfuerzo, las más recientes noticias llegadas velozmente de países lejanos. ¡Qué diferencia con la memorable "trasmisión" que Guatemala nos enviaba en 1821, y que de allá a Cartago duraba nada menos que 28 días!

El avance ha sido gigantesco, y ya vemos que en esta materia la gloria corresponde a una legión de estudiosos de distintas épocas, verdaderos benefactores de la Humanidad. Marconi, entre ellos, sólo fué uno de tantos: bebió en fuentes abundantes y ricas, pero aportó al mismo tiempo la savia de su propia intuición, de su voluntad inquebrantable y de su labor metódica, justamente premiadas con éxitos lisonjeros que el presente explota a veces con indiferencia. Nada más justo que este homenaje para él, para sus antecesores y continuadores, para la Ciencia en general que labora generosamente por el bienestar de la especie humana. (Marconi murió el 20 de julio de 1937).

(De la Revista del Colegio de Señoritas)

CÓMO SE INVENTARON LOS SELLOS

EMILIO LEÓN ARCA

Hasta los comienzos del pasado siglo, aunque existía el servicio, era sumamente imperfecto, gracias al sinnúmero de fraudes a que se prestaba el sistema adoptado del pago de las cartas por el interesado en recibirlas, pago que se ejecutaba en metálico. ¿Cómo evitar la inmoralidad de los empleados de Correos, si se les ofrecía ocasión constante de pecar?

El excesivo costo de este servicio dificultaba, por otra parte, su natural desenvolvimiento.

El sistema de pago de las cartas a la recepción de las mismas se prestaba, unido al excesivo costo de ellas, a multitud de pesadas burlas. Nada más sencillo, en efecto, que abrumar con cartas al avaro: si las recibía, debía pagarlas; y después de satisfecho su importe se encontraba con papel en blanco o cosa peor; si no quería recibirlas, el Estado había efectuado en balde el transporte.

Y cuidado que el número de cartas rechazadas por los interesados eran muchísimas al cabo del año.

El público continuaba con un servicio caro y malo; la inmoralidad de los empleados aumentaba de día en día con la impunidad, y los fraudes inventados por el público para aprovechar el servicio a costa del Estado amenazado ya con la imposibilidad del servicio mismo, cuando el inventor de los sellos de franqueo puso feliz término a este grave estado de cosas.

Sir Rowland Hill, director de Correos de la Gran Bretaña, estaba disfrutando de una temporada de vacaciones en una casa de campo, sin que en el tranquilo retiro que había escogido dejase de pensar en la forma cómo podría obviarse la gran dificultad de moralizar el ramo de comunicaciones.

Estaba un día en la puerta de una de las granjas vecinas aguardando que pasase el cartero para recoger su correspondencia; cuando llegó aquel funcionario, tomó sus cartas y pagó su importe. Iba a retirarse ya, pero le detuvo el mismo cartero diciéndole:

—¿Vive aquí la señora que esta carta indica?

—No sé —contestó Sir Rowland— soy forastero.

Y viendo acercarse una moza, repitió la pregunta que le hiciera el cartero.

—Yo misma soy. ¡Ah! ¡Tengo carta?

—Así parece.

—Vamos a ver.

Y cogió la carta, la examinó con atención y la devolvió, después de breves instantes, al cartero diciendo:

—Tomad, no es para mí...

—No importa, no la quiero. Que no la recibo, digo.

Retiróse el cartero para continuar el reparto de la correspondencia por las granjas vecinas.

Así que quedaron solos sir Rowland y la moza, díjole aquél con curiosidad:

—Vamos a ver. ¿No lleva vuestro nombre el sobrecito de la carta que os traía el cartero?

—Sí, señor.

—Pues ¿por qué no la recibisteis? ¿Teméis acaso algún daño?

—Al contrario, sé perfectamente que me la envía mi hermano; pero cuesta un schelling.

—¿Y por un schelling dejáis de recibir noticias de un hermano? Tomad y llamad otra vez al cartero.

Sir Rowland alargaba a la moza una moneda de plata.

—De ninguna manera, señor; ya no es menester. Sé perfectamente lo que mi hermano me dice en su carta...

El director de Correos no volvía en sí de su sorpresa.

—No ha de extrañaros esto: cuesta tan caro el recibir noticias, que es preciso que los pobres nos ingeniemos. Hemos convenido con mi hermano un sistema de señales, que con sólo mirar el sobre leo lo que quiere decir; dentro de aquella carta no hay nada escrito; todo está en el sobre. Ya veis que fuera una tontería pagar esta carta, ni ninguna